



Mensaje de Navidad  
Fr. Raúl Vera López, O.P.,  
Administrador Apostólico de la Diócesis de Saltillo  
Diciembre 2020

## **EL HIJO DE DIOS TRAJÓ LA VIDA Y LA LUZ AL MUNDO**

*“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn. 1, 1-4)*

Jesús vino al mundo a restaurar la vida de los seres humanos y de la creación entera que fue puesta por Dios en sus manos para que la administrara (Cf. Gn. 1, 26-30). Vino a restaurar todo porque el pecado introdujo en el corazón de la persona el egoísmo, que afecta la relación generosa que debemos guardar entre nosotras y nosotros, dentro de una actitud de responsabilidad recíproca para administrar nuestra vida, con una actitud de servicio hacia nuestros semejantes. Tenemos la obligación de conservar la equidad en el uso de los recursos que Dios puso en el mundo para el bienestar de todas y todos, sin dejarnos mover por el egoísmo que nos conduce a la ambición de poseer y acumular riquezas a costa del desarrollo integral de la vida con progreso, paz y justicia de las y los demás.

El pecado introduce en las personas la vanidad, vicio que engendra un sentido de superioridad enfermizo sobre nuestros semejantes, aumenta desordenadamente la autoestima a costa del desprecio y la desvalorización de la otra y del otro; y, finalmente, el pecado lleva al orgullo que produce sentido de poder y la convicción de que por las propias cualidades y la posición social, se tiene autoridad para controlar la vida de las demás personas. Las personas que están afectadas por el orgullo, también lo están por el egoísmo y la vanagloria, y están envueltas en la conformación de alianzas, impuestas por los modelos políticos, económicos y sociales, para cometer descomunales atropellos contra la dignidad humana, mediante sistemas de sometimiento de pueblos enteros, naciones y regiones geográficas amplias en los cinco Continentes, para provecho de unas cuantas personas.

Las tentaciones de ambición de riquezas, la de la vanidad y la del orgullo, Satanás las puso a Cristo en el desierto (Cf. Mt. 4, 3-11), y las sigue poniendo a cada una y cada uno de nosotros aquí en la tierra, pues son la base en las que se cimienta su sistema de oscuridad y muerte con el que ha intentado suplantar, por medio del pecado con el que engañó a nuestros primeros padres,

el proyecto de Dios Creador que es Luz y Vida para todos los seres que existen sobre el globo.

Cristo vino a restablecer en esta tierra, por medio de su obra redentora del mundo, el proyecto creador del Padre, redención que realizó con el misterio de su encarnación, muerte y resurrección. Mediante su Ascensión gloriosa al Cielo, donde se sentó a la derecha del Padre y, con el poder del Espíritu Santo, convierte a sus seguidoras y seguidores en sacerdotes, profetas y reyes, que van estableciendo el Reino de Dios en la tierra, con el auxilio de quienes ya se han unido en el cielo a los coros de los ángeles, las santas y los santos.

Para comprender el proyecto de Dios para el mundo, que restableció por medio de su Hijo eterno que se hizo hombre como nosotras y nosotros, sin dejar su condición divina, quiero que vayamos al prólogo del Evangelio de San Juan: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn.1,1-4).

En este texto el autor sagrado se refiere a Dios Padre y a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, a quien denomina como La Palabra. Tengamos en cuenta que las tres Personas subsisten en la misma esencia divina y son iguales en dignidad, gloria y poder, por eso dice que la “Palabra era Dios”, y más adelante dentro del mismo prólogo del Evangelio al que me estoy refiriendo dirá: “Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros y hemos contemplado su gloria que recibe como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad... De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia. Porque la Ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (Jn.1,14.17).

La riqueza de la manifestación en la tierra de la Palabra encarnada, es decir, el Señor Jesús, se sintetiza en el Prólogo del Evangelio de Juan en dos aspectos que provienen directamente de la esencia divina, la Vida y la Luz. El primero de ellos se entiende como vida en plenitud con paz, prosperidad, bienestar y gozo perfecto. El segundo aspecto, la Luz, es todo lo contrario a la mentira, la oscuridad, las tinieblas y la muerte, que caracterizan el imperio que Satanás intentó poner en el mundo, imperio al que Jesús vino a quitarle su poder sobre la tierra, Él nombraba al Diablo como el Príncipe de este mundo, a quien vino a vencer y echar fuera (Jn.12,21;13,30;16,11).

La Vida y la Luz que Cristo trajo al mundo se relacionan y complementan entre sí, y gracias a ellas entendemos el verdadero y auténtico sentido que tiene la vida de la familia humana en el mundo, como custodia y administradora de todo lo creado, para que lo que existe en la naturaleza, se ponga al servicio de la vida, vista ésta de un modo integral, de todas las criaturas que poblamos el orbe.

El ser humano, mujeres y hombres que habitamos la tierra en compañía de todo lo creado por Dios y puesto íntegramente al servicio de todos los seres que conformamos el planeta, conforme avanza el descubrimiento de todas las potencialidades que existen en la naturaleza, nos vamos sintiendo más comprometidas y comprometidos a ponernos al servicio, no solamente de la familia humana presente ahora en la tierra, y que convive con los demás seres, que son creación de Dios, sino que hemos de asumir también a las generaciones que poblarán la tierra en edades futuras, en convivencia sana con los demás seres que mantienen toda la vida del planeta.

Debemos decir también que en la medida en que los seres humanos vamos comprendiendo mejor lo que el Papa Francisco ha llamado una “Ecología Integral” en su Carta Encíclica *Laudato Si’*, aspecto integrador que debe caracterizar el camino a seguir para dar un tratamiento adecuado al tema de la Ecología hoy, y que el mismo Papa considera que, “*todo está íntimamente relacionado*”, puede lograrse si se toman en cuenta todos los factores de la crisis mundial que vivimos actualmente. De este modo tendremos que ocuparnos no solamente de la Ecología ambiental, sino también la económica, la social y la cultural (Cf. Papa Francisco, Carta Encíclica *Laudato Si’*, Cap. IV).

Si aceptamos la común dignidad de la persona humana, si aceptamos que deben existir igualdad de oportunidades para todos los seres humanos de acceder a los derechos que cada una y uno tiene en esta tierra, debemos promover el disfrute por igual de toda la población del planeta de los Derechos Civiles, Políticos, Sociales, Económicos y Culturales. Tenemos que buscar que a cada persona, a cada familia, a cada pueblo y cada nación, se les garantice el acceso a una vida digna, disfrutando de todos los beneficios que se deben proporcionar a cada habitante de la tierra.

El nacimiento del Hijo de Dios en nuestra carne humana nos debe cuestionar muy seriamente a las y los seguidoras de Él, que la tierra con todas las oportunidades de vida digna para sus hijas e hijos que ha puesto Dios en ella, puedan cumplir con el propósito para el que Dios las destinó: Producir vida y vida en abundancia. Que nos cumbre el llanto y el sufrimiento de tantas víctimas para que nos movamos, asidos de la mano de Dios que no nos abandona, para trabajar por un mundo diferente.

Este recuerdo de la primera venida de Cristo al mundo, nos trae a la memoria el desenlace final de la historia humana. Cuando venga Él a juzgarnos al final de los tiempos (Cf. Mt. 25, 31-46), esta generación de finales del segundo milenio y principios del tercero, la podemos pasar muy mal en ese juicio, si no reaccionamos. La Pandemia del COVID-19 provocada por el coronavirus SARS-CoV-2 nos está dando la oportunidad de cambiar el mundo. Hay mucha gente con un ánimo muy firme de cambiar las cosas, para que en la era de la postpandemia no volvamos a la misma e inhumana explotación de la tierra con

el consiguiente daño al medio ambiente y a nuestras hermanas y hermanos, movidas y movidos por una voracidad enfermiza de poseer, pasando por encima de los derechos a la vida digna que tiene cada persona que habita en este planeta.

Dejemos de arrasar el entorno natural que nos rodea. Esto es característica de la crisis civilizatoria que hemos criado en nuestro afán de convertir en mercado toda la riqueza que ofrecen las criaturas que nos proporcionan una vida con salud y bienestar. Pienso en el agua, el aire, las selvas y los bosques, las criaturas del reino mineral, animal y vegetal que habitan los espacios donde coexisten y conviven armónicamente todos estos elementos, dentro de sistemas ecológicos pluri-dimensionales, caracterizados por biodiversidades espléndidas, que garantizan el equilibrio macroecológico necesario para toda la vida del planeta.

Doy gracias a Dios que me dio el privilegio de haber sido una de las muchas personas que fue afectada por el COVID-19. Agradezco a todas y todos ustedes su compañía en la oración y afecto, porque fue un tiempo de fortalecimiento espiritual para mí, pues he vivido en carne propia esta situación de sufrimiento y limitaciones de todo tipo que la Pandemia impone a tantas familias y personas y que ha acrecentado en mí la fortaleza y el deseo imperioso por dedicar mi vida, en lo que resta de años dispuestos por Dios para mi paso por esta tierra, a trabajar y luchar por la construcción de un mundo diferente, con vida plena para todas y todos, ciudadanas y ciudadanos de esta tierra. Estoy plenamente convencido de que es posible construir un mundo diferente, en donde cada una y cada uno vivamos en la esperanza de un futuro mejor para las generaciones que poblarán el planeta, después de nosotras y nosotros.

Hoy nos ha nacido el Salvador, Él es el Hijo de Dios que trajo la Luz y la Vida, el recién nacido que nos invita a proclamar el amor día tras día. Pese a todo lo que hemos vivido, nos invita a reflexionar para ser mejores mujeres y hombres en esta tierra. Arrodillémonos ante su presencia hoy que nace como “Consejero admirable”, “Dios poderoso” y “Príncipe de la paz”. Con este sentimiento desde mi corazón, reciban mis mejores deseos y con mucho cariño les abrazo y les bendigo esta Navidad, que será con una convivencia y cercanía a nuestros seres queridos, diferente a la de otros años, pero no menos intensa y calurosa. Y esperando estén con salud y con prudentes cuidados para no ser sujetos de contagios, les deseo una Feliz Navidad y un venturoso Año Nuevo, lleno de muchas realizaciones.